

Maldigo a Rulfo, clamo por una cura

Citlaly Aguilar Sánchez

Nada nos mantiene en el presente como el dolor. Cuando lo padecemos es imposible fijar nuestros sentidos o inteligencia en otra cosa. El dolor exige de todos nuestros sentidos y tiempo, porque por medio de esto es que se nos es entregado también determinado conocimiento.

Hay dolores heroicos, como el de los mártires, que pasan por todo un calvario y que, justamente, su dignidad ante el dolor los convierte en símbolos de valentía o santidad. Hay dolores sublimes, por su abstracción, como los que se experimentan ante las pérdidas de seres queridos por muerte o separación amorosa, que nos conmocionan y enfocan todas nuestras energías en ese proceso, lento y largo, que es el duelo, palabra sinónima de dolor. Y también hay dolores mundanos, menos románticos, que son productos de un accidente estúpido, como cuando el dedo meñique del pie va a topar contra la esquina de un mueble. En un grado intermedio entre estos tres se encuentra el dolor de muelas.

Maldigo a Juan Rulfo

Hace una semana me extrajeron una muela del juicio. El dentista, que es mi primo, es un profesional de la salud. Ha sido mi dentista desde hace ya diez años y siempre con excelentes resultados. No obstante, en esta última ocasión, al momento de sentir una de sus herramientas tocando contra mi pieza dental, entré en pánico. Podía sentir toda la maniobra. Lo más aterrador era el crujido que sonaba como cuando se mastica un dulce muy duro. Y el terror que experimenté hizo que un procedimiento que normalmente se llevaría unos diez minutos se retrasara alrededor de media hora, y eso gracias a que se me inyectó más anestesia e hice uso de varias respiraciones profundas.

Al día siguiente tuve que dar una clase en la que una de las actividades era leer «Diles que no me maten» de Juan Rulfo. Como mis alumnos tienen aún algunas deficiencias para leer en voz alta, y yo no quería que se perdieran la experiencia de la narración de tremenda obra literaria, me di a la tarea de leerlo. «Al cabo está cortito», pensé. Error. Al final de la clase comencé a sentir el dolor que me acompañaría a lo largo de siete días.

Dado que seguí el resto de las indicaciones médicas al pie de la letra, al parecer, leer en voz alta dicho relato ocasionó que no se formara el coágulo que protegería la herida y ayudaría en la cicatrización. Mi primo me explicó que no es grave, que solo sería más lento el proceso. Como

siempre en mi vida, la literatura fue la catalizadora de una tragedia. Maldije a Juan Rulfo y su maravillosa narración.

El dolor comenzó como la sensación de un corte en la piel, fácilmente tratable con ibuprofeno. No le di demasiada importancia. No obstante, dos días después se transformó en una tortura cuyo parangón aún no consigo equiparar correctamente.

Javier Moscoso, en su *Historia cultural del dolor*, explica que durante muchos siglos, antes de que se introdujera el uso de la anestesia médica, el dolor era una marca necesaria para conocer el avance en la sanación. Cuando comenzaba a ceder, el paciente sabía que mejoraba. Incluso mucha gente se rehusaba a valerse de dicha medicación, pues consideraban que no se podía pasar de sentir dolor a no sentir nada de un momento a otro, que eso no era una verdadera sanación. ¿Cómo lo sabemos ahora que tenemos a la mano diferentes formas de mantener a raya dicho sufrimiento? Hemos inventado también dispositivos y análisis de todo tipo que nos den muestras de salud, lo cual nos permite pasar de extremo a extremo en la mayoría de los casos.

En ese sentido, digamos que ya no es necesario padecer: las opciones para evadir el dolor cada vez son más sofisticadas. Y sin embargo, hay unos de los que difícilmente se puede huir. Por ejemplo, yo jamás he podido huir de un dolor emocional. No obstante, también he visto cómo muchas personas son verdaderas artistas en la evasión y pueden pasar años sin derramar una sola lágrima por la muerte de un ser amado. Y creo que un dolor del que prácticamente es imposible escapar, seamos quienes seamos y lo intentemos como lo intentemos, es el de muelas.

Yo suelo ir a consulta dental tan seguido como me es posible, pues desde que tengo memoria he escuchado diversos testimonios acerca de que los dolores de muelas son los más terribles e implacables, narraciones que me mantienen siempre al pendiente del cuidado de mi salud bucal. El miedo ha sido mi aliado más eficaz contra el dolor. Incluso, y de manera irónica, el día de la intervención, justamente le comentaba a mi primo que jamás había tenido un dolor de muelas, que hasta ese entonces estaba invicta.

—Dicen que duelen más que un parto, ¿no?

—Pues es que los partos creo que sí son muy dolorosos, pero terminan en cuanto nace la cría. Y con las muelas es más progresivo.

—Ah, sí. Aparte me imagino que los partos son dolores musculares y con las muelas es algo más nervioso...

Comentamos mientras esperábamos que hiciera efecto el de adormecimiento en la encía, labios, lengua y mejilla. Hasta ese momento yo no tenía ni la más remota idea sobre dolores de parto ni de muelas, pero el entumecimiento en la boca me dio confianza para opinar. Pero a todos nos llega nuestro momento.

El dolor es todo

Salgo de dar clases, subo a mi carro y conduzco rumbo a mi casa. El dolor ha comenzado hace apenas unos diez minutos y olvidé el analgésico en mi casa. «Aún no duele mucho, sí aguanto a llegar», pienso mientras meto el acelerador a fondo sobre el bulevar. Pero conforme voy atravesando los treinta o cuarenta kilómetros que me separan de mi destino, experimento diversas fases de intensidad.

Primero es solo un ligero malestar, pero de un momento a otro se convierte en la sensación concreta de tener una herida punzante en la encía. Mi cuerpo empieza a ponerse tenso. Toda mi cara está apretada. Si bien una de las cosas que más disfruto al manejar mi carro es cantar, ahora me es imposible siquiera despegar los labios, como si al apretarlos mantuviera a raya la bradicinina, la histamina, las prostaglandinas y los leucotrienos. Mis brazos y manos se sujetan con fuerza al volante y cada músculo rígido de mis piernas está concentrado en lo que hay en mi boca.

Al ir conduciendo, una pequeña parte de mi cerebro se enfoca en hacer todo lo posible por llegar a casa sin provocar algún accidente, pero el resto de mi cuerpo, mente y alma están en el dolor. No hay manera de huir. El dolor llena todo. Es como una ceguera o una inmersión. No veo si el cielo es azul, no siento el brillo del sol ni su calor, no percibo el

olor del campo que atravieso para llegar a mi colonia, ni siquiera escucho las canciones que suenan en el estéreo. No soy cuerpo, mente ni alma. Soy dolor. Todo en mí es un dolor que tiene su origen en el pequeño nervio que acaba en la parte inferior izquierda de la hilera de mis dientes.

Milagrosamente llego a mi puerta y me dirijo, como adicta a la más potente droga, a tomar una pastilla de diez miligramos de ketorolaco, que es lo único que me da un alivio de al menos unas cinco o seis horas. Nunca sé cuánto tiempo. El dolor hace lo que quiere conmigo.

El medicamento también tarda en hacer efecto, más o menos media hora. En ese lapso no puedo hacer absolutamente nada más que tumbarme en la cama y esperar; todavía sintiendo la violenta embestida de dolor. En algún momento siento incluso náuseas. Mis ojos no pueden mantenerse abiertos. No siento en mí nada abierto más que el hoyo en la encía de donde emana dicho sufrimiento. Todos y cada uno de los orificios que hay naturalmente en mí los tengo apretados en un intento absurdo de contener la terrible sensación, como si mi cuerpo se aferrara a sí mismo para su salvación. Ni siquiera puedo pensar en otra cosa. Estoy en el dolor, soy el dolor, todo en mí es dolor y el dolor es todo. No hay escape, somos él y yo en este eterno presente. El dolor aísla. Estoy tan sola en él que nada ni nadie puede entenderlo ni curarlo. Ni siquiera se le puede describir. No existe un médico que sepa exactamente cómo es un dolor corporal ni que lo explique con exactitud.

Maldigo a Juan Rulfo y no hallo consuelo siquiera en ese personaje que clama por su vida ante una muerte inminente. Clamo yo misma por mí, por una cura, porque alguien me ayude, «que tengan tantita lastima de mí. Nomás eso diles». Ruego por una segunda oportunidad de volver el tiempo y no haber leído en voz alta ese cuento.

Jean-Marie Gustave Le Clézio tiene un cuento que se titula «El día que Beaumont conoció su dolor», que narra cuando Beaumont, el personaje de la trama, se despierta incordiado por su dolor de muelas:

La aspirina había tenido poco o ningún efecto. En media hora, el dolor se había multiplicado por cinco. Ya no era un punto específico de la mandíbula, ahora alrededor de la muela del juicio y el molar desvitalizado, sino toda una zona que se extendía desde la oreja izquierda hasta la punta del mentón.

Ante el terror a dicho padecimiento, pide a su amiga Paule que acuda a acompañarlo, pero ella no lo hace y él se queda, como yo, solo en el sufrimiento. Salman Rushdie, en sus memorias, cuenta que durante el año en el que se publicó la fetua que lo condenaba a muerte y que dio inicio con la persecución contra él para cumplir con dicho mandato, también lo acechaba el dolor de muela del juicio; cuando finalmente tuvieron que extraer la pieza, el escritor conoció los placeres de la morfina y, con ello, se olvidó de su situación política al menos durante un rato. Pero más allá de estos dos ejemplos, realmente no hay referencias literarias de un episodio semejante. Quizás resulta para muchos un tema demasiado abyecto. También en esto estoy sola.

Martirio y recompensa

En Alejandría, por ahí del año 200, existió una joven que, formada en la fe cristiana, luego de levantarse contra la autoridad romana, que en ese entonces aún defendía el politeísmo, fue castigada por el Imperio con la extracción y fractura de todos sus dientes y muelas. Pese a esta tortura, se mantuvo firme en sus creencias, por lo que posteriormente fue canonizada y conocida como santa Apolonia, quien es conocida ahora como la patrona de los dentistas.

Javier Moscoso explica que en la totalidad de las hagiografías se postulan dos elementos muy importantes para la cultura religiosa cristiana: el martirio de un dolor descomunal y la resistencia a ello. En ese sentido, los santos logran dicho rango no solo por su fe, si no por haberse mantenido impertérritos ante el dolor. De ahí que en las obras de arte medievales difícilmente hallaremos retratos de escenas de santos o de Jesucristo en los que, al ser tor-

turados, tengan en su rostro el rictus de dolor. La mayoría de estos personajes son pintados con gestos serenos o tristes, pero jamás descompuestos por el sufrimiento. Demostrar esa debilidad los colocaría en el mismo nivel que un humano promedio.

Y es que si algo tiene de grotesco el dolor es justamente la huella que deja. Al pasar por el pasillo de algún hospital, fácilmente podemos distinguir entre los enfermos y los sanos, entre los que padecen y los que no. El dolor delata. Y uno de los dolores más chismosos es el de muelas. Inmediatamente el semblante cambia: los ojos se contraen en un cierre violento, los cachetes se tensan, el oído pierde fidelidad, las piezas dentales cercanas al epicentro punzan y todo en el cuerpo se siente como un aullido agudo salido desde la raíz misma del cuerpo. «*Where is the sacrifice? And tell me where where is the faith? Someday there'll be a cure for pain*» dice «Cure for pain», canción de Morphine, cuyo vocalista, Mark Sandman, murió el 3 de julio de 1999 en pleno concierto, al parecer de un infarto cardíaco, aunque hay quienes afirman que se debió a su adicción a la morfina.

Al pensar en el martirio infligido a Apolonia, me es imposible imaginar que permaneciera serena. Moscoso apunta que las hagiografías quizá sean solo relatos adoctrinadores que tienen por finalidad educar a los fieles en la idea de que hay que aguantar cualquier castigo y dolor en espera de la recompensa divina, la redención o la santidad.

Creando mi hagiografía

Una vez que el dolor ha sido calmado, noto que mi cuerpo está exhausto. La batalla contra ese monstruo invisible solo ha sido pausada, pero en cualquier momento puede volver al ataque y yo, con mis pocas fuerzas, me siento indefensa.

¿Quién era yo antes del dolor? No me recuerdo. ¿Quién seré después? Me es difícil contemplar el futuro. Al verme al espejo noto una transformación. Mi gesto ahora es de derrota y, por si fuera poco, en uno de mis ojos queda expuesto un sangrado; al parecer, el estrés de la lucha contra el dolor ocasionó que se rompiera un vaso sanguíneo.

Aunque, en días anteriores, durante las horas que el dolor estaba dormido, podía realizar mis actividades de manera normal, ahora me resulta imposible debido a que el agotamiento que siento es monumental. Pareciera que fui aplastada por un ente sobrenatural y que todo lo que me conforma necesita igualmente recuperación. ¿Sobreviviré?

Pese a lo traumático que pueda ser un episodio así, me parece que, a final de cuentas, el dolor sigue teniendo las mismas funciones que antes de que se inventaran herramientas para paliarlo o evitarlo. Solo atravesando sus punzantes caminos es posible entender lo que implica sanar. No es casual que en un duelo se atraviesen diversas etapas y que cada una nos lleve a, finalmente, el aprendizaje. De igual manera, cada momento de crisis doloroso en nuestras vidas trae consigo, como recompensa, crecimiento en determinada área humana. Por ello, espero que este dolor me transforme, me convierta, si no en santa, al menos en alguien más sabia, capaz de distinguir entre cuándo es viable leer un cuento en voz alta y cuándo no.